

CIFRAS HORRIPILANTES:

- 600 millones de niños crecen en situaciones de absoluta pobreza.
- 250 millones de infantes entre 5 y 14 años trabajan (30 millones de ellos en América Latina).
- 130 millones (60 por ciento de ellos niñas) no asisten a escuelas, en todo el planeta.
- Uno de cada cuatro niños que habitan el orbe vive en condiciones de peligro y más de 11 millones mueren cada año por causas que podrían evitarse.
- Los niños de la calle se estiman en más de 200 millones, la mitad de los cuales entran cada año en las filas de la prostitución.
- Los menores que trabajan o deambulan están expuesto a ser agredidos por sus patrones, el público, las autoridades, los pedófilos y por traficantes de todo tipo.
- Sólo en Latinoamérica 60 mil pierden a diario la vida antes de cumplir cinco años, y dos millones no ingresan a la escuela, mientras 800 mil que sí pudieron deben abandonar las aulas para buscarse el sustento. En 25 países empobrecidos una criatura que nace hoy no llegará a cumplir 50 años, mientras que un bebé nacido en un estado rico alcanzará 78 años.
- Unos 100 millones de latinoamericanos de 10 a 14 años son pastos de la delincuencia, los conflictos armados, la trata de blancas, el narcotráfico y la explotación sexual, entre otras formas de violencia.

Fuente: Luz Marina Fornieles Sánchez - PRIVILEGIADA POR DERECHO LA NIÑEZ EN CUBA

Lectura e infancia en contextos de pobreza

Cómo empezar a reflexionar juntos sobre la lectura y la infancia en contextos de pobreza y exclusión sin caer en la tentación de listar cifras y porcentajes inmorales de niños y niñas muriendo de hambre por millones, niños que crecen y están en la calle, prostituidos, abandonados, asesinados... Dios... es tan vergonzoso que me resisto a no ponerles cara y nombre... y les digo que si hemos de verlos morir, si he de hablar de ellos con Uds., por lo menos les llamaremos por sus nombres.

Anita tiene tres años. Pasa al lado de una máquina expendedora de gaseosa y piensa "quiero coca". Su padre es vendedor ambulante, vende trapos de rejilla a los automovilistas que se detienen frente al semáforo del shopping. Ella le ayuda, porque aun siendo más chiquita, le compran más rejillas que a su tata. Anita tiene sed y desea beber coca, pero se conforma con agua de la canilla pública del estacionamiento del shopping. Sabe leer Coca sin haberse enterado que la "C" se llama "ce" y que suena "C", interpreta el significado de esas letras escritas que saben a fresco caramelo marrón, pero comprende muy bien que con agua es suficiente. Anita ha descubierto los propósitos de la escritura. La pucha que si lo sabe. Sabe que esos signos que algunos llaman letras dicen lo que hay dentro de esa máquina de gaseosa, que a cambio de una moneda (ay, si ella tuviera una moneda...) le daría coca. Pero no, Anita es muy inteligente,

ha aprendido en la calle, trabajando, que la coca, con dos "C" no es para ella, es para los niños que ve jugando en el segundo piso vidriado del shopping, montados en una calesita llena de luces, caballitos y colores que brillan tanto, que cuando anochece iluminan la noche del estacionamiento.

En el libro "Infancia y poder" –un texto que debieran leer los educadores y todos aquellos que se dedican al tema- Mariano Narodowski dice que los efectos de la globalización de las nuevas tecnologías y de la exclusión provocada por el modelo económico-social vigente, han llevado a la construcción de dos tipos de infancias bien diferenciadas: una **infancia hiperrealizada**, que tiene acceso a nuevas formas de pensamiento, fragmentario, yuxtapuesto -de video clip, podríamos decir en términos de imagen- que no es mejor ni peor que otros, sino distinto, y que conducen a modos de ejecutar acciones conceptuales que aun ni la psicología educacional y la evolutiva han terminado de descifrar. Una infancia que se sabe más astuta que muchos adultos que pretenden "pedagogizarla", pues está más preparada y dispuesta que sus maestros a entenderse con y a través de las nuevas tecnologías informáticas. Sus modos de recolectar información y de leer, si bien están tecnológicamente asistidos por orientadores de sentido, son autogestivas en tanto requieren de estrategias volitivas para connotarlas y exigen del usuario-lector destrezas de selección que le posibiliten no perderse en un mar infinito de datos.

Esta infancia hiperrealizada (pobres niños ricos, diría Benedetti) ha incorporado y habitualizado a sus esquemas representativos los conceptos de precarización, consumo y mercantilización, asumiéndolos como modo de vida. Paradójicamente estos niños, capaces de infiltrarse en informaciones secretas de bases de datos informáticas supuestamente inviolables, son ignorantes o por lo menos inmaduros a la hora de sobrevivir sin protección adulta; de hecho, esta niñez y adolescencia hiperrealizadas son cada vez más extensas cronológicamente en cuanto a la dependencia vincular con sus padres, agudizado esto en nuestro país por la falta de oportunidades laborales y académicas.

Anita no pertenece a este tipo de infancia, sino a la otra. A una que coexiste mirando, desde la calle, inabordables juegos con luces de rayos láser. Ella pertenece al grueso grupo de los niños que engordan estadísticas de las NU, UNESCO y de miles de ONGs; ella forma parte de esa **infancia desrealizada** que nos rodea a diario, esos niños y niñas que han quedado no solo afuera de las mieles de las nuevas tecnologías de la comunicación, sino de las más elementales de sus necesidades básicas cubiertas. Una infancia que se adúltera a fuerza de intemperie y exclusión: primero y cada vez más tempranamente de su seno familiar, luego de la escuela y por fin de la sociedad. Una infancia que es capaz de sobrevivir en la calle pero que es incapaz de superar el 1º ciclo de la escolaridad primaria. Sobrevivir en términos de vivir, crecer, drogarse, jugarse, dormir, hambrearse, amar, robar, congelarse, limpiar vidrios, enamorarse, compartir y hasta morir en la calle.

Estos chicos que no tienen un pelo de tontos a la hora de comprender el valor de la moneda, son los que la escuela dice que no pueden aprender a leer y a escribir. ¿Cómo es que Anita puede leer "coca" de un cartel y luego no podrá aprender a leer lo que la escuela le enseña? ¿Cómo es capaz de leer los signos y los metamensajes que su realidad social le imponen y no puede leer frases tan célebres como "El osito Matías come setas. ¡Es goloso!" (y guarda, he extraído esta frase de un libro escolar vigente). ¿Será quizás que Anita no solo no tiene idea de lo que es una seta, sino que además sus necesidades de todo, incluso de lectura, pasan hoy por hoy por otros lados?

Ahora voy a contarles de Santiago.

Santiago tiene 13 años pero parece de 16. Él es amigo de mi marido, limpia los vidrios de nuestro auto todas las mañanas, a eso de las 8 menos cuarto, cuando pasamos por Av. Colón y Paraguay apuradísimos por no llegar tarde a nuestros respectivos trabajos. "Chau, abuelo" le dice cada mañana y le palmea el brazo cuando recibe su moneda matinal. Estuvo un tiempo enojado con mi esposo porque dejó de convidarle puchos luego que dejara de fumar (hablo de mi marido, porque El Laucha, así le llaman sus amigos de esquina a Santiago, sigue fumando como lo hace desde sus 8 años).

Santiago, o El Laucha, es cuartetero, "de la Mona", dice. Peina cubana y usa anchos pantalones calzados justo dos centímetros debajo de donde se le dibuja la raya del trasero (lo sé porque la remera en verano o el bucito hecho hilachas que usa en pleno invierno lo delatan). Desertó de la escuela en tercer grado. Se dio por vencido luego de repetir 1º grado tres veces, 2º grado dos veces y el 3º grado no lo completó. No había logrado aprender a leer.

El Laucha se "faneaba" en las alcantarillas de La Cañada hasta que una noche apareció en su vida Oscar Arias, un trabajador social de carne y hueso hastiado de ver chicos de la calle muriendo en las calles de Córdoba y se ganó el respecto de muchos de estos niños. ¿Cómo lo logró? Con afecto, con trabajo y con palabras que empezaron a plasmarse en una revista y en un proyecto que ya es realidad. Ese proyecto se llama "La luciérnaga" y consiste en producir una revista que luego los chicos de la calle ofrecen en las esquinas a todo humano que transita la ciudad. La revista sale cada 15 días y ha comprometido el trabajo de estos niños que, para escribirla, producirla y venderla, han desarrollado competencias lectoras. Estos pibes que la escuela no pudo formar como lectores, se hicieron lectores en la necesidad de leer para poder subsistir. La lectura les salvó la vida, y no es una metáfora. Que ellos se sintieran "necesitados de aprender a leer" y que los "compradores" de la revista seamos lectores, es para ellos "su negocio".

Santiago aprendió a leer en el marco de responder a reales necesidades de lectura. La revista refleja en todos sus números la manera de pensar y de sentir del chico de la calle. Seguramente un día, algún investigador tomará como fuente los 58 ejemplares que ya llevan editados, para conocer estos nuevos estilos de configuración social de grupos marginales. Este proyecto ha servido para que la comunidad de mi ciudad conozca a través de la lectura cómo piensan estos niños y jóvenes, a la vez de ser un puente de inclusión para estos chicos que ahora, en vez de robar o mendigar, se sienten dignificados y hasta distinguidos por muchos cordobeses por su revista, en la cual colaboran también gente de la cultura del medio. La revista tiene dos eslogan "Mendigar nunca más" y "Aparece cuando sale" en referencia a las posibilidades temporales de edición. Por esta razón, Santiago limpia vidrios entre un número y otro de la revista, porque trabajar es mejor que robar, nos dijo un día.

¿Cómo habrá hecho mella la lectura y las palabras entre estos niños que Horacio Cabezón Sotelo, un escritor de la familia de La Luciérnaga se reencontró con su hijo en calle, cuando en una esquina, luego de salir de la cárcel, un vendedor de la revista le preguntó si él no era su padre. Y sí era, se sumó al proyecto y publicó ya dos libros de poesía: "Los versos del ladrón" lleva vendidos 3.500 ejemplares, "Corazón de pájaro", 1000 y está a punto de terminar su primera novela "Alias Árbol". Él mismo los vende en otra esquina de la ciudad, y si le piden, también los dedica.

¿Cómo se enseña a leer a un niño desnutrido y abandonado a la buena de Dios? Se le enseña a leer con ternura, que es del único modo en que se leen los cuentos a los niños. Se les enseña a leer con paciencia y empezando siempre por lo que dicta el sentido común: averiguando qué necesita, qué desea leer y

créanme, la poesía es siempre una aliada. Las nanas, las rondas, las retahillas, las fórmulas, la lírica son una fuente permanente de regocijo infantil.

Los teóricos distinguen entre *aprender a leer*, en términos de descifrar el código lingüístico, y el *formarse como lector*, o sea incorporar como conducta habitualizada la práctica de la lectura. Son dos procesos cognitivos diferentes; subordinado el segundo del primero, pero no irremediamente su consecuencia. Se puede aprender a leer y nunca llegar a ser lector. Y esto no depende directamente de la condición social del aprendiz, sino de su proceso de construcción como lector.

Por supuesto que los niveles de nutrición y el desarrollo emocional de los niños compromete todas las áreas del aprendizaje y del conocimiento, los de la vida misma compromete, y decirlo es casi una perogrullada, pero Anita y Santiago aprendieron los propósitos de la lectura mucho antes que las letras, a pesar de sus dramas de exclusión. Los niños pobres aprenden a viajar en colectivo aunque no puedan pagar el pasaje.

La diferencia está dada por la actitud política que la sociedad, la escuela y los adultos, cualquiera de nosotros, asume frente a la enseñanza de la lectura, o mejor dicho, a la formación de lectores, que es una práctica esencialmente cultural.

Pruebas a la vista las dan el estudio de los programas escolares con los que se educó durante el Siglo XX en Argentina, donde pueden observarse que cuando en nuestro país sus dirigentes necesitaron, en las primeras décadas, asimilar a la construcción de la Nación a miles de inmigrantes europeos, diseñó un Programa de Lectura para "alfabetizar sobre el idioma y la cultura argentina" a estas legiones de italianos, árabes, judíos, polacos... Luego de los años 50 (interminables dictaduras...) no sólo desapareció ese programa de lectura sino que se borró el nombre de la disciplina que comenzó a llamarse lenguaje -a secas-, lengua, lengua oral y escrita, expresión lingüística... y así hasta el día de hoy. ¿Será que el proyecto dejó de ser consolidarnos, a través de la cultura y de la lectura, como Nación? ¿Será casualidad que en los últimos 50 años han venido siendo educadas generaciones de argentinos como decodificadores de letras lo suficientemente entrenados para lo instrumental de la lectura -leer carteles, fichas, textos instructivos... para ser buenos consumidores, bah - y no como verdaderos lectores que se comprometen, interrogan, comprenden, completan y dan sentido con sus pensamientos a la escritura propia y la de otros? Por algo los más variados verdugos del pueblo (con y sin charreteras) han quemado libros o cancelado miles de partidas presupuestarias a bibliotecas, o dando de baja cargos de bibliotecarios a medida que se van jubilando, o eliminado curricularmente la educación de lectores que requiere de bibliotecas escolares y de contenidos puntuales, apostado así al embrutecimiento de varias generaciones. Este embrutecimiento adormece, deja pasar cosas terribles, como atropellos a los derechos humanos, a la propiedad privada, a que los niños duerman en la calle frente a la indiferencia de muchos.

Es que la lectura es peligrosa... para ellos es una amenaza, no para la población. Por eso hay que ofrecer escenarios de lectura a los niños, cuanto más pobre, más aun, porque la lectura es liberadora y nadie puede contener los procesos de pensamiento que genera en cada persona. Y cuando digo nadie nos incluyo a todos (hasta los profesores que siempre se saben lo que quiso decir el autor...).

Una vez escuché esta historia: Gandhi estaba dando una conferencia de prensa y solo peticionaba apoyo a proyectos culturales hindúes. Un periodista le reprochó que ellos tenían sus necesidades básicas insatisfechas, que necesitaban agua, leche, medicamentos... eran tan pobres. Y el Mahatma le contestó que

precisamente porque eran tan pobres, no podían darse el lujo de perder lo único que poseían: su cultura.

Parafraseando esa genial respuesta, podría decirse que "es precisamente porque son pobres y excluidos nuestros niños, es que hay que ofrecerles más y más lectura, porque la necesitan para salvar lo único que no pierden mientras viven: el alma y las posibilidades de revertir su situación.

El proyecto de "La Luciérnaga" es un contundente ejemplo de la lectura como salida posible. No es cierto que todo está perdido... "yo vengo a ofrecer mi corazón", dice el Fito.

¿No es posible ofrecer lectura? Desde el Programa Volver a Leer que coordino en Córdoba hemos realizado varios intentos: hemos llevado bibliovalijas (donadas por oyentes de una radio cuya locutora colaboró con la idea) con libros (que conseguimos rescatar de bibliotecas inactivas del ex Plan Social), confeccionamos una manta, algunos almohadones, unos peluches y escondimos en cada valija algún objeto mágico que despertara curiosidad (la pata seca de un cangrejo, una llave vieja, una cajita con tornillo raros... incógnitas) y las entregamos a potenciales lectores y mediadores: a escuelas rurales de esas "donde el diablo perdió el poncho" para que luego una la pase a otra y a otra; a jóvenes que trabajan en una villa de emergencia con niños marginales; a abuelos contadores de cuentos; a un comedor popular de Despeñaderos; y hasta, en carrito de supermercado, una biblioteca para los pequeños enfermos del Hospital regional de San Francisco. No inspeccionamos qué hacen con ellas. Apostamos al descontrol que genera su uso. Claro, muchas veces se pierden el camino las ganas y algunos libros, pero está bien, los libros están para que (al decir de Sartre) encuentren a su lector y sus caminos siempre son insospechados. Después de muchos años de trabajo del programa del que hablo, sólo registramos la pérdida de un montón de libros y la ganancia de muchas experiencias de lectura que surgen a partir de allí, como la unos chicos de la Pampa de Pocho que luego de la lectura de un libro iniciaron una radio escolar, o de un grupo de chicos rurales que copiaron la idea y generaron su propia biblio-mochila que cada quince días intercambian con la de otra escuela rural a través de un voluntario que ofrece su sulqui para el traslado.

Poder, se puede, no es cierto que todo está perdido.... todo depende de decisiones políticas no solo de los funcionarios de turno, sino de cada uno de los adultos a quienes nos importa hacer algo por esta infancia tirada a la calle. Cuando un pueblo expulsa a sus niños al abandono está renunciando a su futuro. Cuando un pueblo se resigna a que le roben el derecho a pensar, que implica el derecho a leer, está hipotecando su casa, ya lo sabemos, lo hemos vivido y comprobado. Yo me resisto a que me echen de mi hogar, a que me quiten el país, que es la patria, que es mi paternidad, mis padres, mi simiente. Somos de los que no podemos dormir de noche, sabiendo que hay un niño en la calle, a esta hora, exactamente (como dice Tejada Gómez), por eso estamos aquí, porque es nuestro destino y nuestro desafío.

"Importan dos maneras de concebir el mundo. Una salvarse solo, arrojar ciegamente los demás de la balsa y la otra, un destino de salvarse con todos, comprometer la vida hasta el último naufragio..." (Tejada Gómez, en Profeta en su tierra)

Por último les voy a contar dos historias breves.

Una vez una maestra, de 2º grado, me invitó a una escuela a contarles cuentos a los chicos como una estrategia de animación a la lectura. La escuela es una escuela de las llamadas urbano-marginales.

Estando ya en el aula con los niños, me llamó la atención que algunos niños: **G**astón, **F**ede y **A**níbal, tenían marcada una aureola roja en la cara. La maestra me comentó, con total naturalidad, que esas eran las huellas de las bolsas de nylon cuando aspiran fana. Yo casi me desmayo, pero no lo hice y leí varios cuentos. Al principio era un alboroto terrible, yo estaba tan dispersa como los chicos, pero a medida que la historia tendía su burbuja de ficciones, los chicos entraban conmigo dentro de ella y se respiraba un mundo nuevo.

Luego de los cuentos, me llevaron a la dirección, no porque me portaba mal sino porque era la escritora y me convidarían un café. Allí no pude contener mis lágrimas sintiéndome una idiota: Qué hacía allí contándoles un cuento a chicos que se drogan a los 8 años. Pero la maestra, sabedora de los códigos de esta infancia desrealizada y del poder de la lectura me recompuso diciendo: "No seas necia, Graciela, estos chicos han sido niños durante media hora ¿Sabés lo importante que es eso?"

Ahora la historia de **E**rica. Es muy cortita y en realidad un homenaje.

Erica tenía 7 años y era mi alumna en 1º grado, hace mucho. Ella vivía en la villa de Costa Cañada. Sus padres estaban separados. El padre era policía y residía en Catamarca. Su madre tenía un concubino que abusaba de sus seis hijos. Erica no era la excepción. Un día llegó a la escuela con los genitales quemados con brasas, ¿para borrar huellas?... el padrastro dijo a la policía que porque se orinaba en la cama. Un juez retiró a Erica y a sus hermanos del hogar y los asiló en un orfanato u hogar de protección al menor, como les gusta llamarlos ahora. Todos los intentos por adoptarla abortaron por mi imposibilidad de llevarme a los seis hermanos o a ninguno, según la jueza. Finalmente su abuela materna, una proxeneta, sí pudo retirarlos de allí e iniciar a Erica, a los 12 años en la profesión más antigua del mundo.

Erica amaba un libro de poesía: "El arbolito Serafín" de Ma. Hortensia Lacau. Hace poco le regalé otro, uno de Galeano y compartiré con Uds. su favorito, dedicado especialmente a todos los pajaritos de mierdita que nos quieren hacer creer que leer es un lujo de ricos e intelectuales, que los niños son bobadas de cotillón, que los chicos pobres solo necesitan bolsones de comida y que los que estamos preocupados por la infancia y la lectura somos utópicos... Pues que se enteren: Sí, creemos en la utopía de la lectura y la libertad, y como dice M. Giardinelli, vamos a *reinventar la esperanza*.

Graciela Bialet

El arte para los niños

Ella estaba sentada en una silla alta, ante un plato de sopa que le llegaba a la altura de los ojos. Tenía la nariz fruncida y los dientes apretados y los brazos cruzados. La madre pidió auxilio.

- *Cuéntale un cuento, Onelio -pidió-. Cuéntale, tú que eres escritor.*

Y Onelio Jorge Cardoso, esgrimiendo una cucharada de sopa, comenzó su relato:

- *Había una vez una pajarita que no quería comer la comidita. La pajarita tenía el piquito cerradito, cerradito, y la mamita le decía: "Te vas a quedar enanita, pajarita, si no comes la comidita". Pero la pajarita no hacía caso a la mamita y no abría su piquito...*

Y entonces la niña lo interrumpió:

- *Qué pajarita de mierdita -opinó.*

Eduardo Galeano (de "El libro de los abrazos")